

Jorge Naranjo

Entrevista por Ana María Cano

Maestro. Escritor. Creyente de la naturaleza.
Duda de la bondad humana pero concede saber infalible a la ciencia y al arte



De maestro lo escogen más sus discípulos que él mismo como una condición de vida. A ellos se abstiene de opinarles en algo que no sea irrefutable como las ciencias naturales o la lucidez humana maravillosa plantada en un Carrasquilla o un Kafka. ¿Cómo va a condicionar con su experiencia una posibilidad propia y única de experimentar y vivir? Lleva 20 años como profesor, escritor, investigador por cuyas manos han pasado materias, materia humana y materia prima a la que él se ha dedicado con pasión como su único credo: una religión humana que al cabo ha quedado indemne.

Al amor le ha dedicado sus energías más íntimas, convencido de que la verdad lo hace libre; sus hijos son la prueba entrañable de su entrega. Escritor a mano, su letra menuda y constante es la prueba de que el Renacimiento no es una época sino un modo de vivir con el corazón, que se reconstruye en todo aquel que tiene vocación no saciada por conocer. Saciada tempranamente es su ansia geográfica: ahora las laderas, las paredes, las nubes, los atardeceres y los vientos de esta ciudad que recorre peregrino, le bastan y sobra porque la Provincia francesa, Andalucía o Praga, las ha recorrido con sus mejores guías: Van Gogh, Góngora y Kafka. Escribir, estudiar, oír, querer, son suficiente kilometraje diario para él. El arte que lo conmueve, lo alivia de tantas heridas recogidas del camino.

Sus dos novelas (*Los caminos del corazón* y *La estrella de cinco picos*) y

El mejor despertador es un café

unos treinta textos inéditos de ciencia que han llegado fotocopiados del original con su puño y letra, a bibliotecas en Italia, en Bogotá y en el haber de sus estudiantes que han volado con esos textos, que son testigos de la consagración de sus horas.

Con un poético y audaz análisis sobre las ondas, participó ausente en un congreso en Italia: Jorge Alberto Naranjo es una curiosa mezcla de doctor *honoris causa* en sociología –no es graduado en ingeniería donde enseña a post-graduandos–. Su título real puede ser el de escritor sabio, el de lector apasionado, el de insatisfecho con un pasado intelectual que por historia oficial pareciera datar en Antioquia sólo desde los 20 años de este siglo 20, cuando lo que sus propios ojos le han revelado es que desde hace dos siglos intelectuales como él mismo han sabido nombrar todas las cosas que aquí ocurren. Abrirle el corazón a otros, qué más puede pedir.

–*Su vocación, ¿es por condición o por estímulo?*

–A los 18 años ya estaba definida la vocación de escribir que recibió la oposición familiar porque eso era algo que se hacía después de las horas de oficina y que no daba posibilidad de subsistir. Además, ¿dónde se estudia escribir? Me crié entre libros, mi padre escribía y nos leía para oír opiniones. Leía bellezas y toda la familia era lectora por eso sentía que tenía un trabajo humano acumulado que no podía ser algo subsidiario sino esencial. Inconscientemente nuestros papás, a pesar de lo normativa de la sociedad, nos permitieron esto y cuando veo a tantos interesados en el arte pienso que hay muchos buenos papás.

–*¿Tuvo malas compañías?*

–El fútbol fue la mejor escuela de socialización con muchachos que eran más grandes y sabían más que uno.

–*¿Su generación, la de los años 70...?*

–Fue bastante ambigua. Lo mejor y lo más trágico se vio allí. Muchos compañeros han terminado locos o con enfermedades románticas; muchos que se quedaron en una edad por nihilismo o nadaísmo, por abandono, no encontraron salida o no les dieron la mano a tiempo. Otros son físicos, matemáticos, artistas, escritores. Fue una época muy transicional. Se salía de un Medellín medieval, el de La Santa Misión, el nadaísmo, la llegada del Hombre a la Luna y la irrupción de la televisión como medio habitual casero: crecimos oyendo cuentos y radio, cuando teníamos unos 10 años, entra la imagen a la casa y se comienzan a armar héroes con Perry Mason y el ojo entra a

jugar en la conceptualización.

—*¿Lejano de los nadaístas?*

—El nadaísmo a unos les hizo daño. Fuera de una cierta inconformidad y un mundo de personas muy solitarias y sin consistencia real, no hay mucho más. Los ensayos nadaístas tienen un comienzo luminoso y a los dos párrafos se derrumban. Gonzalo Arango fue brillante, pero ¿dónde está su literatura? Eran inmediatistas y buscaban reacciones. El nadaísmo era una expresión de inconformidad coyuntural en una sociedad pacata; tanto así que no hicieron nada sobre Fernando González, que era su inspirador. Los nadaístas son tan disolventes y escépticos que dejaron la confianza erosionada a los menores; muchos jugaron al kamikasismo con la vida para gastársela; una tercera parte terminó en sanatorio o en tragedia. Otra línea de acción fue la indiferencia: los que optaron por la vida formal, gris pero eficiente; son envidiables. Otros reorganizaron la anarquía para estructurarla en práctica política, al comienzo de los años 70 aparecen grupos como Firmes; fue una generación frustrada. Los dedicados al arte, la ciencia, la filosofía, son profesores universitarios hace 20 años; llevaron a cabo una tarea autodidacta para inventar referentes y modos de análisis. Para el marasmo existente fue clave el nadaísmo, pero fue un momento de desesperanza muy tenaz. Mayo del 68 creó muchas ilusiones y contrarrestó el fracaso que venía; fracaso maravilloso que curtió a muchas personas, fracaso de no dejar una impronta política pero que abrió vías de desarrollo nuevas y fisuró el horizonte antiguo de la cultura.

—*¿El fracaso educa?*

—La experiencia de fracaso generacional es importante. Educar para el éxito me parece un error; hay que enseñar que el fracaso es una opción y una lección. Un joven es capaz de asumir muchas veces el fracaso y levantarse, lo grave es cuando a los 50 años se fracasa por primera vez...

—*¿Y Estanislao Zuleta?*

—Con el movimiento estudiantil del 70 Zuleta vino a parar aquí; se reunificó la generación nadaísta por vía distinta, más consistente, la de la formación intelectual. Estanislao animó grupos de estudio, hubo 150 personas y ahí estaba lo mejor: Alvaro Tirado, Jorge Orlando Melo, Hugo López, Juan Felipe Gaviria, Luis Antonio Restrepo, Juan Camilo Ochoa, Beatriz Abad —había muchas mujeres—, varias psicoanalistas, había arquitectos, ingenieros, abogados, médicos: intelectuales de muchas áreas que estudiaban a Marx y *El capital*. Los sábados se reunían de 2 de la tarde a las 10 de la noche y había

No confunda acoso sexual con derecho de petición

tareas. Leían filósofos marxistas como Althusser y otros freudianos; Estanislao tenía la tesis innovadora de aliados.

El estudio del psicoanálisis hizo una atmósfera que permitió simpatizantes. Zuleta era sobre todo nietzscheano, platónico y puso a leer a Goethe, a Shakespeare, a Cervantes a muchos que venían de la pancarta: esto abrió un mundo en Medellín. De allí salieron muchas tragedias incluida la del propio Estanislao. El suyo era un espíritu superior, su tutor fue Fernando González, y cuando el padre de Zuleta murió en el accidente de Gardel, a los 10 años, Estanislao dijo que no quería estudiar y lo apoyaron en eso Fernando González y Efe Gómez. Era Zuleta un hombre de una intensidad impresionante con todas las virtudes y miserias del autodidactismo. Asumía una posición de amigo de los demás y para muchos de papá, de faro. La gente comenzó a demandar consuelo pero él no tenía ninguno para sus propios dolores. Su par tal vez era Mario Arrubla porque ellos dos eran lo mejor del Partido Comunista en el 50. Para mí Estanislao fue el primer intelectual de verdad que enseñó a tomar la cultura no como un barniz, con la fuerza para integrar el conocimiento porque para él conocer era vivir. Sin esos dos años de mi vida de esa época con Zuleta, no me imagino la vida; le aprendí a asumir la soledad porque toda fiesta marxista era desgarradora, como si se viviera una perpetua vigilia. Aprendí en esos grupos a vivir solo.

—¿Y cómo fue su propia transformación religiosa?

—Esa religión feudal de las tinieblas en la que los varones se reunían a castigarse, que me tocó ese espectáculo con procesiones de vestido de paño hasta las tres de la tarde, no era de alegría ni de esperanza, era un cristianismo bastante retardatario. Tras La Santa Misión, una cruzada militante para recoger vocaciones, llegaron andanadas protestantes y se prohibió una edición de la revista *Life* en español que traía una versión luterana de María con cinco muchachitos; se oía una emisora protestante, La Voz de los Andes, potente en toda América Latina, se oía música luterana negra religiosa y se decía que la Coca Cola y los chicles eran para darle plata a los protestantes y se pedía mejor consumir Postobón. En esa liberalización religiosa el fenómeno del nadaísmo fue clave: aquello de pisotear la hostia tiene un fondo religioso de inconformidad. Se debió a torpezas de la Iglesia, que existieran Golconda y el padre Camilo Torres. A esa crisis de católico, llega Hélder Cámara y la oleada protestante se hizo con misioneros que lo eran 24 horas y circulaban unas biblias azules en unas ediciones hermosas. Era una paganización del mundo que aparecía debido a conquistas en biología. El cristianismo guerrillero del martirio,

el de Golconda, fue un fracaso también; un padre como Vicente Mejía, que llenaba el aula máxima por elocuente, huía porque terminó casándose...

Mi papá nos leyó protestantismo. De Lutero amaba su rebeldía, porque era valiente y en mi caso ayudó a construir sobre la vieja fe; a los 15 años me desprendí al tiempo del cristianismo y del luteranismo: no más misa, no más culto, no más confesión. Además el ateísmo de personas como Einstein y Borges me descubrió que se podía ser un hombre de arte o de ciencia y ser una conciencia activa.

—¿Kafka le ayudó?

—Fue clave en la solución del conflicto con el padre porque él vivía en Praga una situación semejante a la que vivíamos muchos aquí: de abuelos campesinos, de padres que eran los primeros inmigrantes en la ciudad, desterritorializados, traían costumbres religiosas codificadas y las tenían que cambiar por una religión de formulismo. A los 18 años me sirvió para identificar la distancia con el padre porque era un hijo de la ciudad; yo era muy rebelde y mi padre muy bravito y esto abrió la posibilidad literaria y acendró el padrecito Kafka, sin fe ninguna, una religión humana que para mí fue una vía. Me enseñó a tratar de mantener muchos grados de libertad interior a pesar de lo burocrático porque el consuelo kafkiano, melancólico, es que el gran poder en su desmesura permite hacer cosas.

—¿Su arqueología literaria antioqueña es nostalgia?

—No es nostalgia sino desprecio de cómo se nos ha pintado el pasado, con demasiada novelería y así sin historia, siempre estamos al último vaivén literario. En Antioquia hay 150 años de trabajo literario acumulado que no se conoce y es ridículo pensar que todo comenzó con León de Greiff, Carrasquilla, y Fernando González, se toma nuestro pasado para identificarlo con lo de ahora. En el rastreo me empuja el convencimiento de una tarea política importante. Se cree a Baldomero Sanín Cano el gran ensayista, pero es déspota, es el gran cacique de la cultura porque cuenta cómo fue el pasado. Aquí hubo dos ensayistas paisas no recordados: Sebastián Mejía, hacia 1984, un analista literario consistente y en 1942 Saturnino Restrepo, quien dirigió el importante instituto de Filología de la Universidad de Antioquia. Hay una historia oficial liberal con los que le importan a Baldomero Sanín Cano: Fernando González y Tomás Carrasquilla, porque utiliza la historia para hacer propaganda. Aquí liberales y conservadores escribían y se daba una cultura

¿Cuándo usted nació el país ya se iba a acabar?

contra las guerras de partido con un nivel de intercambio muy fructífero: los conservadores Juan Jota Molina, Camilo Botero Guerra, Eduardo Zuleta y los liberales Alfonso Castro, Efe Gómez, Tomás Carrasquilla y Juan José Botero; queda claro que Medellín no comenzó en 1920. Se ha promovido la cultura de grandes maestros que desprecia esas líneas de pensamiento, expresándose y coexistiendo constantemente, que es lo mejor que puede mostrarse como cultura. Busco esto no para enseñar *grandes maestros* sino para descubrir a una colectividad. Se trataba de unos intelectuales desconocidos, que creían en sí mismos, que no se daban caba y se respetaban mutuamente. Verbalizaban un mundo propio porque sabían hablar y lo pintaban con brochazos con toda fineza; conocían ampliamente el mundo. La droga ya era un tema en 1890 y por ignorarlo, podemos creer que esto se desbarató con Pablo Escobar cuando ese tema de la droga en Antioquia lleva 100 años: Alfonso Castro, en *Los humildes* por ejemplo; Antonio J. Montoya tiene un cuento en el que un médico en su año rural se enamora y le da por doparse con morfina. Eduardo Zuleta en *Tierra virgen*, en 1896, tiene dos capítulos en Londres en los que dos antioqueños en un alegato sobre la incultura allá y aquí, se inyectan morfina; ese es un asunto más hondo.

El paisaje de Medellín está pintado, si es curva o pico o cerro porque han dado el nombre al mundo en que vivimos y esta es una ciudad tridimensional cuando la miramos de verdad. Creo que hay que regalarle a la gente posibilidades de verbalizar su mundo porque eso da más autoconciencia.

—¿Por qué no se ha ido de aquí?

—Viajé mucho de pelao. Todos los sábados en avión hacía un recorrido de lechero por el país porque tenía un tío piloto. A Europa la conocí entre los 18 y los 19 años. —lo recomiendo mucho para novelar— y me daba dolor regresar porque descubría “un mundo tan vacío como este”; pasando el tiempo me di cuenta de que el mundo se lleva adentro y que si no se tiene un alma dispuesta le pueden ofrecer afuera lo que sea. Cuando fui por el sur de Francia descubrí que cada casita de esas era un Van Gogh. No siento remordimiento de no ir a la Praga de Kafka, digo no gracias, ya la conozco. Tal vez cuando esté viejito y los hijos criados me gaste el tiempo así. Como dice Carrasquilla “la hermosura es como la felicidad, se busca afuera pero está adentro”.

—¿La física es camino?

—Leonardo da Vinci decía que el hombre es un pozo de maldad y vicios que conocía muy bien y que no apostaba por él, pero por la naturaleza y la

ciencia sí. El contacto humano me es muy difícil porque me tensiona estar adivinando el fondo de cada uno, que yo también lo tengo... La naturaleza en cambio no se equivoca, es inocente, no miente, se muestra como es. Con ese proceso de interrogarla pacientemente, uno descubre una o dos lucecitas y sigue. Es más difícil estudiar la amistad o la irracionalidad humana que estudiar el átomo y lo hago por salvar mi alma. A menos hablo con seres humanos, menos yerro, dice San Juan de la Cruz y tengo el corazón muy lastimado, no me gusta arriesgarlo más. Cuando mis alumnos vienen pienso que la juventud es para descubrir su propia vía por ensayo y error y con los de mi edad son opiniones externas a la vida; los momentos hondos se viven con un silencio o una sonrisa.

—¿Y enseñar qué?

—Llevo veintipico de años de docencia y estoy muy cansado. Los libros de física que he escrito desde hace 10 años son mejores que lo que puedo enseñar: son obras de ciencias naturales útiles para dar a conocer por métodos cotejados y con buen nivel, una ciencia. Cuando veo todo eso que he escrito sin publicar (fotocopiado mil veces por alumnos) pienso en que no quiero seguir tableriando, que ahí está toda la pedagogía. Ahora quisiera sentarme a escribir o viajar y renovarme pero sólo el año entrante será mi año sabático. Lo menos malo es seguir dando clase para no irme al bloque administrativo a reunionitis. Quiero terminar 3 o 4 libros sobre el antiguo relato paisa y un libro sobre Saturnino Restrepo es suficiente, no voy a estudiar más eso. Mi alma está en sábado: quiero escribir una o dos novelas que tengo pensadas.

—*Sus novelas no tienen ni una bala...*

—Es una manera de ver. Juan Rulfo dijo “no quiero inundar de más sangre la literatura mejicana”. Ante la violencia que ha puesto el narcotráfico más otras, no quiero contribuir entristeciendo con tragedias el mundo. Escribir el drama no en rojo sangre sino con espíritus desgarrados. Nuestra literatura se ha ido familiarizando con la masacre y en cambio otros temas como el amor, las relaciones de los padres con los hijos, los fracasos, de eso no dan cuenta los muertos sino los desconsuelos; de todo eso hay que hablar. Es una posición ética. En Cervantes: ¿dónde hay en Don Quijote sangre? Si hay una herida, se vuelve otra cosa, como en Leonardo da Vinci. Voy a escribir obras desgarradoras para tipificar casos que he visto, la frustración de amigos que me conmueven: lo intento con un mínimo de violencia realizada.

—¿A sus hijos qué les enseña?

–Me he visto defendiendo la simulación en el arte, ambos embellecedores sin los que la humanidad no tiene sentido; la mentira amable del arte, que engaña y seduce, que transforma ficticiamente los horizontes. Pero en la vida la mentira siempre se descubre y por ella se ve uno viviendo un laberinto de dolores, que se van volviendo mentiras de segundo y de tercer grado. También el engaño y la picardía del fútbol son toda una escuela de viveza. Muy distinta a la que ha acuñado la sociedad toda que se volvió de enriquecimiento ilícito porque no concibe la paciencia ni la alegría.

Mayo de 1995